

CELCIT. Dramática Latinoamericana 313

LA CASA DE DIOS

Marco Antonio de la Parra

ESCENA UNO

Los LOCOS: EL HOMBRE PEQUEÑO INMENSAMENTE TRISTE, EL HOMBRE JOVEN PERDIDO PARA SIEMPRE, EL BRUTO EPILEPTICO, EL DE LA CABEZA ROTA, EL QUE HA BEBIDO TODA SU VIDA, EL DUEÑO DE TODOS LOS EXCESOS y EL SAN SEBASTIAN DE LAS JERINGUILLAS, desnudos, contra la pared del fondo mientras LOS ENFERMEROS, siempre mudos, los azotan con la presión de la manguera de agua.

Los cuerpos no son hermosos, son distintos y corrientes.

Tras la paliza de agua, una especie de desinfección a la fuerza, les entregan toallas para que se envuelvan.

Son grandes sábanas, mortajas.

Cada loco procede con la torpeza o la perplejidad de su cuadro. LOS ENFERMEROS vuelven sobre la fila para envolverlos y secarlos con igual violencia y eficacia.

La sala del manicomio que es también la celda común.

Afuera los vestigios de una guerra crónica. El ruido inquietante de la batalla que ha cesado o que comienza de nuevo en cualquier instante.

ESCENA DOS

EL LOCO DE LAS VENAS CORTADAS entra a escena con una maleta. LOS LOCOS celebran, los que pueden, su llegada.

De a uno en uno van susurrándose la noticia.

EL LOCO DE LAS VENAS CORTADAS cruza la reja que le abren los ENFERMEROS. LOS LOCOS están comiendo, escudillas de metal, un potaje de verduras. EL DE LA CABEZA ROTA lleva un ostentoso vendaje. La sala o la celda, tiene las camas, sillas, todo el mobiliario de un hospital psiquiátrico. Ventanas con rejas. Una lámpara alta de esas que miran los suicidas.

EL DE LA CABEZA ROTA: Mira, uno nuevo

EL SAN SEBASTIAN DE LAS JERINGUILLAS: No es nuevo, viene de vuelta, fracasado.

EL BEBEDOR: Es nuevo. Los fracasados se parecen tanto una a otro. Míralo bien, bruto.

EL BRUTO EPILEPTICO: Ah... ¿de quién hablan?

EL SEÑOR DE LOS EXCESOS (AL NUEVO): Dígame, señor... ¿Busca alojamiento aquí en la Casa de Dios? ¿O viene recomendado por los médicos? ¿Huye de la guerra fingiendo que sufre? ¿En esa maleta lleva su ropa o lleva su vida? ¿Está loco o es un refugiado? ¿Ha enloquecido de sueños o de derrotas? ¿Tiene aquí conocidos, influencias, algún contacto?

EL LOCO DE LAS VENAS CORTADAS muestra sus muñecas vendadas.

EL MUCHACHO JOVEN (AL HOMBRE PEQUEÑO INMENSAMENTE TRISTE): Mira, es de los tuyos.

EL TRISTE: Ni eso resulta. Ni afuera ni adentro.

EL DE LA CABEZA ROTA: No se consigue ni morir decentemente. Vivir es aún peor. Pregúntale qué quería. ¿Ser rey? ¿Ser reina? ¿Puta o fraile? ¿Es rico o pobre? ¿Aventurero? ¿Marino? ¿Prisionero de guerra? ¿Herido en el corazón? ¿Despecho? ¿ira? ¿lujuria? ¿Pereza de vivir? ¿Melancolía o fraude?

SAN SEBASTIAN: ¿Qué quiso hacer? Eso es de niñas. Las venas son para dejar entrar otra vida, no para morir. Yo que tuve moretones en todos los pliegues... ¿No traes acaso algo para inyectarse? Aquí estamos tan pobres, siempre los mismos, nos confunden unos con otros...

SAN SEBASTIAN DE LAS JERINGUILLAS se ha ido acercando poco a poco hacia EL LOCO DE LAS VENAS CORTADAS y le ha hurtado su maleta con la que da un salto

hacia el costado abriéndola entre la curiosidad de la mayoría de sus compañeros que saltan a revisar el contenido. El de la CABEZA ROTA, el BRUTO, sacan prendas de ropa que exhiben como trofeo probándoselas delante de todos, sobre los camiones de pacientes de hospital.

EL SEÑOR DE LOS EXCESOS interrumpe la sesión de pillaje. Trepan sobre sus camas con sus botines el resto. EL SEÑOR DE LOS EXCESOS cierra la maleta y saluda estrechándole la mano ostentosamente al LOCO DE LAS VENAS CORTADAS.

EL SEÑOR DE LOS EXCESOS: Es un placer tenerlo entre nosotros. De verdad. No desconfíe. ¿de quién se puede desconfiar en un lugar como este? La Casa de Dios nos recibe a todos con los brazos abiertos. No suelta a nadie nunca más. La Casa de Dios es Su silencio absoluto. La Casa de Dios tiene una sola puerta siempre mal entornada. Si no nos fugamos es que no queremos. Este es, antes que todo, un sitio decente. Pobre pero honrado. Ruego disculpe a mis compañeros. No recibimos visitas. Menos desde que la ciudad está sitiada. Habrá visto como huyen los refugiados. Desde la ventana algo se ve. El pabellón de las locas, por ejemplo. Con señas nos dicen qué pasa afuera. Sus cosas serán devueltas con el paso de los días. Tranquilo, practique el desapego. Lo material ¿tiene alguna importancia? En La Casa de Dios usted es un cuerpo glorioso. Un espíritu de alas abolladas. Lo miran raro, lo estudiarán, querrán saber como huele, como come, como caga. Usted entiende, la novedad, nos viene a ver tan poca gente, los enfermeros, algún médico. La Casa de Dios está más solitaria que una prisión. Más vigilados que delincuentes... Y más encima los bombardeos... ¿No han cesado? ¿No? ¿Quién controla la ciudad?

EL JOVEN PERDIDO PARA SIEMPRE: Matan en nuestras cabezas la vida, nos roban el alma los fantasmas ¿De qué habla? Este es un pabellón judicial...

CABEZA ROTA (AL SEÑOR DE LOS EXCESOS): Samuel, usted mismo vino acá traído por gendarmes.

BRUTO: Vendió hasta la casa de sus padres. Jugó todo a los dados. Quiso ser rico en una tarde.

SAMUEL o EL SEÑOR DE LOS EXCESOS: A callar, ratas de ciudad, métanse en sus

alcantarillas. El sitio huele mal, un pudridero. Nos vendría muy bien que nos sacaran al sol. Lo hacen todos los días pero es insuficiente. Si trajo tabaco, vigílelo. El alcohol no está permitido... La dicha es mal vista... Reirse a carcajadas le puede costar una paliza de los enfermeros(LE SUSRRA) Están más locos que nosotros... Usted sabe, la guerra les pone los pelos de punta...

EL BEBEDOR INFINITO: ¿Por qué cree que estoy aquí? Bebí todo lo bebible. Casi maté a mi mujer a golpes. Soy más bien un asesino. El doctor dice que trato de matarme yo. En eso usted y este suscrito nos parecemos. Estreche su mano con la mía. Me llamo Ismael... y soy de un pueblo de las afueras de la capital... ¿Ha sabido si lo ha tomado el enemigo? Los bordes, digo... ¿O ya no hay enemigos? ¿O ya no se sabe quién es el enemigo? ¿En qué barrios ha vivido? ¿Por qué no contesta cuando le hablo?

EL TRISTE: Porque le faltan las fuerzas. Gastó sus últimos cartuchos cortándose las venas.

EL LOCO DE LAS VENAS CORTADAS es llevado del brazo hacia su cama. SAMUEL coloca su maleta bajo ella. Todos husmean qué más trajo.

SAMUEL: Como le iba diciendo... ¿Trajo algo de fumar?

SAMUEL, EL SEÑOR DE LOS EXCESOS, hurga por un cigarrillo. Encuentra un paquete nuevo, sin abrir.

SAMUEL: No tendrá problemas ¿no? en compartirlo, me imagino... ¡Qué bello cigarrillo! No es una gran marca....pero peor es nada... ¡Tabaco, muchachos! ¿Quién tiene una cerilla? Perdón, señor... El tabaco me pone como un niño... ¿Cuál es su gracia?

CABEZA ROTA (APOSTANDO): Benito

BRUTO: Miguel

SAN SEBASTIAN: Alberto

PERDIDO: Ángel, Orfeo, Adán, Enrique, Luis, Felipe, Carlos...

Apuestan una larga lista de nombres. EL DE LAS VENAS CORTADAS no dice nada. SAMUEL ha abierto el paquete de cigarrillos y le ofrece uno al enmudecido LOCO DE LAS VENAS CORTADAS.

CABEZA ROTA: Dame uno...

BEBEDOR: Y a mí...

BRUTO: Yo también quiero...

ISMAEL tiene un mechero. En unos minutos están casi todos fumando. Colgados como monos de sus camas menos EL HOMBRE PEQUEÑO INMENSAMENTE TRISTE y SAMUEL que fuma compartiendo con toda cordialidad mientras se prueba una bufanda que saca de la maleta.

SAMUEL: Mientras no la uses, podrás prestármela ¿no? No tienes otro cuello donde ponerla y pareces cómodo así, al descubierto. ¿Te dolió mucho al cortarte? Abrirse las venas es tan doloroso...

EL HOMBRE PEQUEÑO INMENSAMENTE TRISTE: Duele más la vida... Es un alivio pensar que te quedan las manos para levantarlas contra ti mismo ¿O no? Que lo diga él que se abrió los brazos en canal.

EL HOMBRE PEQUEÑO INMENSAMENTE TRISTE desciende y se coloca junto al LOCO DE LAS VENAS CORTADAS. Con un gesto mínimo le pide un cigarrillo. El LOCO nuevo estira la mano hacia SAMUEL solicitando su atado de tabaco. Saca uno para él y ofrece otro a su compañero.

EL HOMBRE TRISTE: Me llamo Lucas ¿y tú?

EL LOCO DE LAS MUÑECAS CORTADAS: Antonio.

SAMUEL: El merecedor de alabanzas según el latín. Idioma imperial. El imperio de la lengua... ¡Déjenme hablar! (SUSURRA) Algo tienen de razón, hablo demasiado... He leído tantos libros. Ya lo ve, no sirven de nada. La Casa de Dios te recibe analfabeto o erudito... Dígame, con toda confianza... ¿Héroe de algún

combate? ¿Sobreviviente? Si es así, es un fracaso. Un cobarde. Si por lo menos hubiera muerto...

CABEZA ROTA: Estaríamos todos muertos entonces...

PERDIDO: ¿Y no lo estamos por momentos? Se me muere un brazo, las piernas, a veces el intestino, el culo se me muere, un hombro. Puedo asegurar que el corazón se me detiene. Tengo que quedarme quieto para oírlo. ¿El tuyo camina?

LUCAS enciende su cigarrillo y le ofrece lumbre a ANTONIO.

A lo lejos ladridos de perros, aullidos. Muy esporádicamente un estampido o el tableteo, distante, de una metralleta. Lejísimos, un helicóptero que va y viene. Un rayo de luz de un reflector que vigila ciudad. Una columna de humo. Estallidos de atentados suicidas.

LUCAS: Afuera ¿aún llueve? ¿Es primavera u otoño? ¿Están aún en pie las mezquitas, los templos, las capillas? ¿Alguien pregunta por alguien? ¿O era la primera vez que tratabas de matarte y no querías saber nada de nadie? ¿Tan cobarde? ¿Tan novato? Nadie se corta las venas en medio de la guerra... Es más fácil morir yendo a comprar el pan...

ANTONIO intenta rescatar alguna prenda de ropa. Es inútil. Los otros locos se esconden como en un juego de niños o de simios. Deja caer los brazos.

ANTONIO: No me hagan preguntas. Me duele el alma. Me han traído mis parientes. Mujer tuve y no tengo. Hijos sí pero abominan de su padre. Huí de mi casa con una muchacha. Me quedé con lo puesto. Era abogado. Puedo contarles toda la historia de mi auge y mi caída. Me encontraron en la bañera. Mi hija mayor. Me dio una bofetada para despertarme. Me odia. La familia cenaba en el piso de abajo mientras yo me abría los brazos con una hoja de afeitar. ¿Acaso nunca dejan de ladrar esos perros?

LUCAS abraza a ANTONIO.

Algunos LOCOS; los más rústicos, gritan: ¡Maricones!

LUCAS: ¿Cuánto tiempo que llevas ese dolor de muerte? ¿Cuánta vida perdida? A mí me bajaron de la viga más alta. Mira la cicatriz en mi cuello. Corrieron a buscarme. Daban gritos por el campo. Han probado en mí crueles terapias. Todas las píldoras de la tierra, el lento goteo en la misma vena del brazo y ahora el agua, la corriente eléctrica, la insulina. Y no se va la certeza de la ira de Dios contra mi vida. Despierto todas las mañanas el primero con un yunque sobre el pecho. Apenas puedo respirar. Grito y viene el enfermero con la jeringa a la vena...

SAN SEBASTIAN: Yo pido lo mismo y me dejan sufrir solo... ¿Por qué tamaña injusticia? No he pedido otra cosa que calmen en mis venas el dolor... ¿Qué diferencias hay entre tú, Lucas, y yo?

BRUTO: Tú eres un drogata. Has vendido el culo por una jeringuilla...

SAN SEBASTIAN: Antonio, no hagas caso cuando hablen mal de mí. Soy una buena persona. A veces me pasaba lo de Lucas. Sólo quería estar fuera del mundo. No se puede saltar más allá de donde caen nuestros tristes zapatos. Perdí todo, era ingeniero eléctrico. Iluminé tantas cosas, ciudades enteras a mi cargo. La luz de esta ciudad dice mi nombre. ¿La encienden aún o temen ser blanco de los bombarderos? ¿Por qué no nos entregamos de una vez? ¿Quién puede creer que somos veteranos de guerra? Tal vez nos traten mejor en un campo de refugiados. ¡Dios no está en la Casa de Dios?

¡Dios no vuelve nunca a casa! ¡Es como mi padre! ¡Siempre solos!

SAMUEL: ¡Calla, hereje! ¿no ves que el señor viene llegando? No está preparado aún para pensar lo impensable. ¿El silencio de Dios? ¿La ausencia? Usas las palabras como puñales.

SAN Sebastián: Somos escoria, parias, basura. El dolor de vivir también lo conozco. Pobre de solemnidad, expulsado de mi casa por mi propia esposa, tratado como adicto con desprecio. Nadie me abrazó fuera de la policía. Me trajeron acá y yo ya sabía que me colgaba o me daba un tiro en la cabeza si no conseguía heroína. Me llamé Juan. Hoy me dicen San Sebastián de las

jeringuillas. Aún no se van de mi cuerpo las heridas, saeteado por el caballo, a ratos era feliz como un niño tonto, un bebé idiota, iluso de la vida... ¿Nunca probaste en tu cuerpo la heroína? Es mejor que la muerte, es un pasaje de ida y vuelta, por lo menos, te da una nueva oportunidad... Cada vez. Tú eres el que determinas la salida del sol en tu sangre. Amaneces, duermes, cae la noche... Es tan bello

LUCAS: El no lo quería... Ni el amanecer ni la mañana ni el día.

BRUTO: Si no la quería... ¿por qué cortarse las venas con toda la familia cenando el cordero al otro lado de la puerta?

CABEZA ROTA: Para que encuentren su cuerpo, para matar la memoria ¿A quién querías matar, Antonio, muñecas rotas, mírame cuando te hablo?

ANTONIO (A LUCAS): ¿Siempre son así?

LUCAS: Y peores...

SAMUEL: Dejadme retomar la presidencia. Respetemos en la Casa de Dios las jerarquías. Yo soy quizás el que más tiempo llevo y no me sueltan pues invadí mi mundo de deudas imposibles. Los bancos, usted sabe, están llenos de ladrones, los asesinos son nombrados generales y los estafadores presiden la Corte Suprema. ¿Quién vive en La Casa de Dios? Los hijos del diablo..

PERDIDO: Esto es un penal... Por faltas o pecados estamos aquí... Lo digo yo que soy el que viene en nombre del Señor...

BRUTO: Calla, loco... ¿Tú vienes en nombre del Señor? ¿Tú eres el hijo de Dios? ¿No serás apenas el criado de dioses menores, el culito alquilado de Zeus?

ISMAEL: Tú no sabes quién es Zeus.

BRUTO: Aunque tengo la cabeza llena de heridas, también la tengo llena de libros... Páginas sueltas pero vivas... Antonio, me miran en menos porque soy apenas un epiléptico... ¿No lo fueron San Pablo, Flaubert, Dostoyevsky, Napoleón?

ISMAEL: ¿Quién te dijo eso?

JUAN: Te dieron la lista completa, la doctora, para que no sintieras el tonto de la clase...

PERDIDO: Soy el que viene, Antonio, y te digo que tú eres el que viene también.

SAMUEL: Dicen que acá es mejor la comida que en un penal. Estoy casi sano.

Casi. Aún hablo en exceso. Pero estoy más cuerdo que cualquiera de ellos. No debería estar aquí. Cualquier día me dan de alta. Nos habremos conocido tan poco. Como mientras tanto. ¿Le gustará pasear conmigo en el jardín de los olivos?

JUAN: Y se roba la comida de Adán...

EL JOVEN PERDIDO PARA SIEMPRE o ADAN: Sí, yo decía ¿quién se comió mi plato? Casi no lo he tocado...

ISMAEL: Está oscureciendo, tengo miedo...

LUCAS (A ANTONIO): Bebió muchísimo. Se llama Ismael y a esta hora se le aparecen alimañas, sapos, escorpiones y leyendas sobre su cama. A veces tienen que sujetarlo bien atado y eso duele también a cada uno...

CABEZA ROTA: ¡Ya está con convulsiones! ¡Enfermero!

Entran LOS ENFERMEROS y atan a ISMAEL a su cama con la camisa de fuerza. Le inyectan un calmante. Solloza ISMAEL mientras pide le saquen las arañas, las cucarachas, ese desfile de escorpiones. Le vendan los ojos. Retiran la comida. ANTONIO entiende que debe desnudarse. Lo aguardan y le entregan su camisola de enfermo, numerada.

Semidesnudo permanece sentado sobre su lecho.

LOS ENFERMEROS hacen apagar los cigarrillos.

Uno de ellos ilumina con una linterna a ANTONIO.

ANTONIO: No puedo dormir hace días

Entra uno de LOS ENFERMEROS con los medicamentos que entrega como se reparte la hostia en la misa. A cada uno, con toda solemnidad.

ANTONIO espera la suya.

ANTONIO: ¿Y para mí? ¿El dolor puro? ¿No hay una sola indicación?

SAMUEL: No te ha visto aún el doctor o la doctora...

BRUTO: Ojalá que venga ella

Se escucha el ruido de la masturbación del bruto.

JUAN: Hace tanto tiempo que no viene.

ISMAEL: ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

SAMUEL: Ya empezó. Ya termina. Tan solo cúbrete los oídos. Grita por todos. Grita por cada uno de nosotros. Y nunca vienen. Nunca le hacen caso.

ESCENA TRES

ANTONIO ve a ADÁN, el JOVEN PERDIDO PARA SIEMPRE, rodar bajo su cama.

ANTONIO: ¿Qué haces?

EL JOVEN: Me llamo Adán ¿No te explica todo eso? Mis padres pusieron mi nombre con pereza. No se molestaron en leer realmente la Biblia. El Génesis y ya. Eran católicos. ¿Crees en Dios? ¿O en Alá? ¿O en Yahvé? Tantos nombres... Todos son el mismo. Suenan como el viento los nombres de Dios entre los árboles. A veces. Otras hace tanto calor. El silencio de Dios es rojo como el sol de mediodía. Mis huesos no saben cómo se llaman. En realidad el espejo sabe más de mí que yo mismo. Me dice nombres diferentes todos los días. ¿Crees en las palabras o en los huesos? Me dolieron mis venas cuando vi tus manos. Me sucede a menudo. Sufrir el dolor de los otros. Prueban drogas nuevas en nuestros cuerpos. Se nos saca la lengua, se nos cierran los párpados, vemos dobles, estreñidos nos tiemblan las manos. Es pasajero, dicen. Pasará y querrás vivir como antes ¿Alguna vez quise vivir? En esta habitación todos fuimos suicidas. Yo no quería morir, yo entregaba mi cuerpo por los pecados de la humanidad. Soy hijo de Dios, soy a ratos Cristo, otras veces la Virgen María copulando como loca. Me tienen envidia porque me acosté con María Magdalena y porque escupo flores cuando voy al baño. La doctora se quiere casar conmigo. No se lo ha dicho a nadie porque es un secreto y los secretos son entre yo y ella. A mí se me rompe la cabeza como una vasija de vidrio. Todos los días me regañan porque he contado nuestra vida privada. Yo

no tengo la culpa, yo no he dicho nada. De la televisión me envían ondas electromagnéticas que me ordenan lo que tengo que hacer. De la radio salen risas. Se ríen de mí, de mi amor por ella. Ella viene en la noche y me chupa la pija. Lo hace mientras estoy dormido para que yo no me dé cuenta. Quiere chuparle la verga a Jesucristo Salvador Nuestro Señor el Potente. Y yo no me puedo negar ante tal devoción. Quédate quieto. Si quieres besarme el culo solo cobro dos cigarrillos. Mi verga es sagrada. No la mires con desprecio. A estas horas se ve pobre, agusanada, como un dedo roto. Mira los tuyos, huevos que parecen higos, un día me mostrarás tu miembro. Lo sé, las voces me lo dicen. Pero si te la chupa la doctora, te mato. Dios hay uno solo y yo soy el ladrón bueno, no el malo. Soy Cristo Señor reencarnado. No me mires raro que me pongo triste. Maté una vieja con el cuchillo que me dio mi madre. Me gritó que yo era un loco. ¿Qué tengo yo de loco fuera de la marihuana? A veces me pinté el pelo verde pero lo hace hasta los cantantes de moda. Yo no fui a la televisión, de ahí me llaman. Me dicen Adán o Augusto o César o Julio o Ernesto. Lo hacen para disimular, quieren confundirme. ¿Quién eres tú de verdad? Tu nombre en serio, no el que usas para andarte matando como una zorra caliente. ¿De verdad te encontraron en la bañera? Yo no lo he hecho así. Yo apenas sé entibiar un té de hierbas. Canto mal. Tal vez por eso me trajeron acá. Si yo supiera cuando viene la doctora. Prométeme que me vas a avisar si te chupa la verga. Yo no podría soportarlo. Ay, tengo la cabeza llena de ruidos, es como si escuchara las cañerías del cerebro, la parte metálica del alma. Dame un beso y me quedo quieto. Soy la Virgen María Magdalena, soy la Santa Puta de este villorrio. Ven, mañana cumpla veinte años, viene mi mamá con torta y hay fiesta...

ANTONIO: ¡Enfermero!

ADAN: Traidor, zorra, puta, dame toda tu maleta...

Entran LOS ENFERMEROS y llevan a ADÁN a su cama mientras masculla un Padre Nuestro bizarro, interferido, cruzado de palabras soeces y menciones del culo, la vella y el corazón mal follado.

ANTONIO: ¿No hay algo para mí? La noche me desnuda con su insomnio. ¿No escuchan los tanques avanzar sobre la capital? Por Alá que sufro. Nunca he rezado tanto. ¡Quiero un medicamento!

Los ENFERMEROS salen sin tomarlo en cuenta. ANTONIO solloza.

SAMUEL: ¿No quieres que te abrace? Como un padre, digo...

JUAN: Que no te toque, Antonio. Siempre quiere salir ganando.

LUCAS: ¿Duermen o no duermen?

ADAN (con la camisa de fuerza puesta): Pidan por mí, que soy el elegido. Dios envió sus ángeles a decírmelo de niño. Yo soy el que soy.

SAMUEL: Cállate, Dios, ya está bueno.

Entran los ENFERMEROS vestidos como SOLDADOS fuertemente armados. Tan solo sus siluetas en el corredor. Quizás la luz de un helicóptero por la ventana. Los perros se ponen a ladrar. Aullido que se extingue.

Arrastran bolsas con cuerpos humanos por los pasillos.

Lanzan un cuerpo maniatado al mar desde la ventana.

El resto los encierran en celdas.

Cada loco tiene un muerto con su rostro.

Un muñeco siniestro que arrastran en algunas escenas como un siamés, el muñeco de un ventrílocuo, su muerte anunciada.

ESCENA CUATRO

Un discurso en una radio lejana. Tono marcial, himnos. Luego músicaailable de los tiempos de las grandes orquestas de jazz. Glenn Miller.

ANTONIO: ¿No se callan nunca esos perros? ¿Quién cree que estoy mejor aquí vivo que afuera muerto y enterrado? Ya me estaría pudriendo... ¿Lucas? ¿Lucas? ¿Aún estás despierto? ¿Algún día se alivia este dolor feroz de querer irse de la tierra?

¿Hay uno aquí que no haya sido vapuleado por la vida? Me gustaría llorar, por lo menos los días de llanto ella me abrazaba. Mi rubia, mi muchacha rubia y bella... Yo la amaba... La amaba aún mientras moría yo, mientras me mataba... Bella... Ni ella pudo salvarme, ni sus besos... Yo estaba roto por dentro... ¿Lucas? ¿Duermes? Todos atravesados de píldoras o drogas... Para mí la soledad del desvelo... El bosque maldito de la noche... Temo el amanecer como un infierno... Tan solo quiero poder cerrar los ojos para siempre... No es un pecado ¿O lo es? ¿Samuel? ¿Lucas? ¿Juan? ¿Quién viene? Hablo solo... Es mejor que vivir en silencio... Todavía me quedan palabras para simular la existencia...

Entran LOS ENFERMEROS con EL DOCTOR. Sacan a ANTONIO de su cama. Este muestra sus muñecas al DOCTOR. Le quitan las vendas. El DOCTOR mira con tristeza el rostro de ANTONIO. LOS ENFERMEROS colocan un par de cirios alrededor del LOCO DE LAS VENAS CORTADAS. El DOCTOR se sienta en una silla plegable como la de los directores de cine. Bebe agua que le sirven LOS ENFERMEROS.

EL DOCTOR: Le ruego disculpe la tardanza. No es mi culpa, es el sistema. Usted sabe, debe haber oído las noticias. Vengo acá al final de una larga ronda. Recorro tanto traumatismo que a veces me pregunto si terminaré también yo mismo en este pabellón. Monte de Piedad se llama. Otros le dicen La Casa de Dios. Yo no. Yo creo que tiene que ver con el cerebro, con el demonio quizás, pero de espiritual nada. No rezaré con usted, no se haga ilusiones. No comeré ni rezaré con ustedes. Si tiene alguna religión no me opondré a que la practique pero si se agravan espíritus frágiles como Adán o Carlos, si comienza a beber de nuevo Ismael o colabora en la adicción fatal de Juan, tendrá que atenerse a las consecuencias. No lo amenazo con la muerte. En este pabellón la amenaza es la vida sin tratamiento.

Lo quitamos de un golpe y quedan a merced de sus enfermedades, miento, de la única enfermedad que conozco, la misma, vuestro demonio.

El abismo. La brutal y feroz pérdida de sentido de todas las cosas, la

imposibilidad del milagro, de la grandeza. Son todos iguales, unos perdidos. Yo pude serlo, no lo digo como un insulto. A veces estamos tan cerca de la valla ¿Quién cruzó primero la frontera?

Usted, Antonio, se quebró por razones que ignoro. No me las cuente ahora. Ya veo que se ha hecho cortes profundos. Estará vigilado como un reo.

Técnicamente usted es un asesino. Intentó matar a un abogado distinguido. Pasó malos momentos. Muchos los superan. En eso yo soy el optimista y usted el pependenciero.

Yo le apuesto que consigue salir de aquí antes que muchos de sus compañeros. Envídieme. En tiempos difíciles puedo saber de qué lado estoy de la aduana. Envídieme, no puedo salir de aquí tampoco. Todo alrededor de la Casa de Dios está minado. ¿Cuánto tiempo llevan acá? No me lo digan. Me cansa ver los mismos rostros. A veces prefiero hablar yo. Hoy, por ejemplo, no soportaría su historia. Ya me rompió el corazón ver a sus hijos. Ojalá hayan conseguido eludir a los francotiradores. La ciudad se muere por dentro y usted se corta los brazos como una prima donna. Usted está enfermo de eso. Dureza de corazón. La enfermedad le ha ido convirtiendo el alma en piedra. Un día cualquiera decide que usted no es más que una escultura de un dios en que no cree nadie. Un día cualquiera se lanza por una ventana o se derroca como un tirano superado. Piedra, roca, polvo ¿qué más da? Ya lloré al ver a su familia. Una mujer muy bella, rubia, ha preguntado por usted. Parece amarlo mucho. ¿Cuán mal está su corazón para no oír sus plegarias? Este pabellón es la prueba que Dios no es omnipotente. Acá no llega la Divina Providencia, acá no hay oración que sea escuchada. Tal vez, después de la loxapina o las convulsiones, algo pueda pensarse parecido al futuro. No hay más que ocho camas. Tuvo suerte. No ponemos más pues el dolor se acumula como una nube tóxica. Alguno está aquí más por problemas legales que verdaderos traumas psíquicos. No creo en Freud, sépalo ya y no espere que lo tienda en diván alguno. Creo en la máquina que somos y creo que esa máquina puede pensar a Dios y con eso se acaban los milagros. Dios es la leyenda de una máquina. Somos un robot que no tolera su condición mecánica. Otro día hablamos de eso. ¿Juega al ajedrez? Aprenda.

Lucas es bueno. Lamentablemente refractario al tratamiento. Temo por su vida. También está bajo estricta vigilancia. Evite el contagio sexual. Usted sabe, la vida no es lo que era. La comida no está mal. A veces hasta yo la comparto. No le miento. Hoy me siento algo mejor después de verlo. No sabe cuántos fingen la locura por refugiarse bajo nuestro techo. Nos protege la gran cruz roja sobre el techo. Los expulsamos a patadas. Su muerte no es asunto nuestro. Ni su hambre ni su miseria. ¿Qué medicamentos tomaba? (LEE EN SILENCIO) Lo de costumbre. No asistió a los últimos controles, escondía lo prescrito bajo la almohada. Todo a partir de hoy es inyectable. Será tratado como un sospechoso. No podemos confiar en usted hasta que veamos en sus pupilas algún tipo de esperanza. Entonces podrá salir, recibir visitas, comer un dulce, hasta embriagarse. Por hoy será pinchado. No proteste, no sirve de nada. Procedan.

EL DOCTOR escribe en la ficha clínica. LOS ENFERMEROS se acercan a la cama de ANTONIO que se sube la manga de la camisola y muestra sus venas. El estampido de una bomba a lo lejos. Algunos de LOS LOCOS se inquietan, se abrazan entre ellos. LOS ENFERMEROS obligan a colocarse a cada uno en su cama. LUCAS canta entre dientes.

ESCENA CINCO

La falsa noche química. Los susurros. LUCAS se levanta y mira a sus compañeros. No se ha percatado que es vigilado por el BRUTO y por el de CABEZA ROTA. LUCAS encuentra una viga en el techo y hace un nudo con la sábana para preparar su ahorcamiento. Pasa uno de LOS ENFERMEROS con una linterna. LUCAS se esconde. Luego prosigue su faena suicida. Se cuelga cuando se levanta el BRUTO y lo abraza. CABEZA ROTA o PEDRO suelta el nudo de la viga. LUCAS solloza, impotente. El ruido despierta, entre susurros siempre, a todo el resto.

LUCAS: Déjenme, déjenme. Ahora todo será peor. Me llevarán a la habitación cerrada. No quiero volver a aislamiento. Por favor, por favor... Las puertas no

tienen cerrojos y el baño está abierto a los ojos del enfermero de guardia.

BRUTO: Aquí no se mata nadie sin mi permiso...

PEDRO: Eso, Carlos, quién se cree que es... No queremos amanecer y en vez de sol tener tu cuerpo colgando del tejado...

SAMUEL: ¿Qué pasa?

JUAN o SAN SEBASTIAN DE LAS JERINGUILLAS: No dejan dormir a los que apenas tomamos una píldora. ¿Lucas otra vez?

LUCAS: No se lo cuenten a nadie. No se lo digan a los enfermeros. Denme la posibilidad de volver. Fue solamente el desaliento feroz de esta mañana. Pensar que me iba era el alivio. Ahora tienen a otro para salvar. Déjenme ir...

ISMAEL: ¿Quién cubrió mis ojos? Estoy totalmente mareado... No hay un trago... ¿No trajo nada este idiota novato?

BRUTO: Lucas casi se nos mata...

LUCAS: Es mi derecho, quién decide por mí lo que más quiero... ¿No puedo por lo menos elegir el momento de partida? Basta con hacerme nacer, qué despilfarro de sangre y carnes rotas... Hubiera querido poder hablarles a mis padres y decirles quién era, el fracaso...

PEDRO: Callados, la guardia...

Pasa la luz del ENFERMERO. Disimulan un momento. Ruido de botas militares que suben y bajan una escalera. Vuelven a hablar en susurros.

SAMUEL: Que duerma conmigo si quiere madre.

BRUTO: Yo escondo sus sábanas. Soy su padre.

SAMUEL: Hijo,... ¿por qué nos has abandonado?

LUCAS: Se burlan de mí... Somos hermanos en la muerte... No ven que cada día fracasan en mi sangre sus remedios... No hay bálsamo que me calme... No hay palabra bienhechora... ¿Por qué creen que no viene mi médica?... Ni ella sabe qué hacer y parecía saber tanto... Pido tan poco, la muerte...

ANTONIO despierta. Muy mareado.

ANTONIO: ¿Qué ha pasado?

SAMUEL: Tu hermano trató de colgarse de la viga.

LUCAS: ¿No odiaste a los que te sacaron del agua? ¿No era más dulce y tibia tu sangre limpiándote de vida?

ANTONIO: Suéltelo...

ISMAEL: Tú sí que estás loco... No es la primera vez que lo hace...

PEDRO: Yo por lo menos cuido mis vendajes... He quedado tonto... Escucho ruidos que no existen... Siento a veces el sonido de mi infancia... La voz de mi madre que me llama... Quise morir una vez y hoy ya no quiero...

LUCAS: ¡Que te saquen de aquí! ¡No quiero ángeles de la guarda! ¡Quiero que me dejen morir tranquilo!

SAMUEL lo hace callar con la almohada. LUCAS paradójicamente se defiende de la asfixia. No se deja matar por otro. Vuelve la luz del ENFERMERO. Se va.

ANTONIO: Déjenlo ya. Se ahoga.

SAMUEL lo suelta a LUCAS.

SAMUEL: ¿Ves como has querido vivir? ¿Ves que tu asesino está dentro tuyo? Te pude matar y perdiste la oportunidad.

LUCAS abraza a ANTONIO

LUCAS: Tú sabes lo que sufro. Respiro y me caldea el alma. No quiero que me hagan electroshocks... No quiero curas de sueño de las que vuelvo sin memoria... No quiero que me lleven solo a la habitación acolchada... Diles que me cuidaré... Cuidame tú, si quieres...

BRUTO: Propongo un juicio...

ISMAEL: ¿Alguno de nosotros está en su juicio?

SAMUEL: Adán, nuestro Cristo Rey...

PEDRO: Babea, en el séptimo cielo...

JUAN: Qué envidia... Libre de toda atadura... Navegante... Será el juez de esta noche.

Toman a ADÁN, el JOVEN PERDIDO PARA SIEMPRE, que apenas puede mantener el cuello por instantes en alto, embotado por las drogas.

SAMUEL: Su alteza, Señor de los Ejércitos. Venimos a pedir sanción para quién nos ha dejado solos

BRUTO: ¿Quién defiende?

ANTONIO: Yo, que sé de lo que habla...

PEDRO: ¿Puedes hablar siquiera con las venas cargadas de sustancias?

ANTONIO: Más que todos ustedes... Dormir era mi alivio... Lo más parecido a la muerte...

BRUTO: Yo acuso...

SAMUEL: El más bruto de todos...

BRUTO: Yo me he caído en todas las esquinas... Tengo llenas de heridas mi cabeza, por dentro y por fuera... No he querido matar nunca. Es mi cerebro el que insiste en aniquilarse. Es carne, es víscera. No sabe lo que hace. Yo sí. Distingo la vida de la muerte...

ANTONIO: ¿Quién comienza?

SAMUEL: Señor nuestro, danos la bendición

PEDRO e ISMAEL manejan a ADÁN como a una marioneta. Lo hacen asentar.

SAMUEL: Ha dicho que la Muerte hable primero. Tanta prisa tiene que seguramente sus ideas quieren salir como pájaros de la boca...

ANTONIO: No se equivoca. Si mi cabeza me permite diré lo que Lucas quiere.

Perdonen su ofensa, no ha querido herir la compasión de sus compañeros. Basta mirar en sus ojos para saber que Dios no está en su alma. Perdió la fe, perdió

también la esperanza. No siente su corazón más que como una herramienta molesta. Los días se le vienen encima como abismos. Recibe el golpe de las horas como coces. No cesa el dolor de acosarlo. Convierte la decisión más simple en batalla. No entiende el amor, ni el bien ni el mal, ni menos que haya otra jornada. Hablar lo hace sufrir. ¿Esta o esta otra palabra? Armar una frase es una corona de espinas. Vive sangrando de heridas que no ve. Una mañana ha amanecido sintiendo como se le pudren los pulmones.

LUCAS: Ya no me quedan intestinos, mis huesos se hacen polvo...

SAMUEL: Silencio. El acusado aún no consigue convencer a la asamblea.

ANTONIO: ¿Asamblea? ¿Hay alguno acá que pueda argumentar algo más razonable que la Muerte? No me digan que creen en Dios. Quizás Adán, de pronto, tiene contacto con lo Alto, lo Sagrado. Tú, Samuel, esperas tu partida. ¿Quién te espera? ¿Te han perdonado tus acreedores? ¿O no te atreves a confesar que una vez al día también te preguntas si te pegarás un tiro?

SAMUEL: Señor Juez, se me acusa a mí...

BRUTO: Señor Juez, el abogado de Lucas está perdiendo el hilo de su habla...

PEDRO: Todos a la cama, todos atados como Ismael, San Sebastián de las jeringuillas que ate al loco nuevo contra el respaldo de su cama...

SAMUEL: A callar... Seamos respetuosos... y no menos cautelosa... Con cuidado.

ANTONIO: No existe palabra sobre la tierra capaz de convencer a un suicida. El que lo ha pensado ya está preso en esa duda para siempre. Si son honestos los presentes sabrán que Lucas solamente ha intentado el sueño de todo hombre, la partida en el dolor, la fuga...

BRUTO: ¡Es un cobarde!

SAMUEL: Espera tu turno, Carlos...

ANTONIO: Pido para él clemencia... Por lo menos el secreto... Lo intentará de nuevo y no hagamos nada por salvarlo... Durmamos tranquilos que él no pide otra cosa que lo mismo...

SAMUEL: ¡Suficiente! Tú, Carlos, bruto noble...

BRUTO: Los que tenemos la cabeza herida es extraño que podamos decirles mejor como agradecemos cada día... La cabeza que nos queda se entusiasma de

puro despertar en la mañana... Cada crisis me devuelve la alegría de vivir aunque quede más bobo... ¿Es acaso esa antorcha que ustedes llevan por cerebro lo que los quema por dentro? Comparto con mi compañero, con Lucas, también con Antonio, la molestia de los golpes químicos en el cráneo... pero... pienso en la muerte que todo lo iguala y quiero... quiero alegrarme de querer... de que quiero abrazar y ser abrazado... Lucas ha perdido ese don... Me hiere la soberbia de su muerte delante de nosotros... No quiero que me arroje su cuerpo muerto... Me duele su partida... Lloro... Su muerte me mata... ¿Por qué me ofende así con su orgullo pesimista? ¿No he sido suficientemente bueno con él? ¿Qué te hice?

ANTONIO: Más lo haces sufrir con tu compasión...

BRUTO: Más lo quiero...

PEDRO: No, amigo, no se deje llevar por el sollozo.

JUAN: Toque de queda, fusilamiento general... Que se apliquen medidas realmente duras...

SAMUEL: La noche es nuestra paz... Cállate, rata de alcantarilla... Hablas de la guerra y desertaste al primer tiro...

JUAN: Desertó mi cerebro, mis venas fueron mi batalla...

SAMUEL: A callar, que habla Carlos y le cuesta.

BRUTO: No tengo el don de la palabra de estos insignes enfermos... Soy solo un torpe peón que cayó al suelo al nacer y le estalló la cabeza... Soy un epiléptico corriente y tal vez el más tonto de toda la asamblea... Pero juro que Dios me habla y me dice que debo agradecer cada día... ¿Debemos condenar a Lucas por perder su hilo de plata con el Cielo? Quiere morir en la Casa de Dios. Aquí por lo menos se vegeta. Yo celebro un cigarrillo. Yo gozo el día en que mi enfermedad no me arroja de bruces contra el piso. ¿No te calma la guerra de afuera la batalla del pecho? Si él lo desea podemos infringirle una herida que le devuelva la dicha de la tierra. Yo felicito al Señor por darme vida aunque tenga esta enfermedad imparable, compulsiva. No sé si hablo de lo que hablo. Lucas está equivocado... Si en su corazón está solo el dolor, le concedo el beneficio de mi puño para dejarlo dormido... ¿No te das cuenta, hermano, que somos carne de la misma carne, la misma sangre, el mismo resuello?

En medio de la agitación ha levantado a LUCAS de la ropa y lo empuja contra el muro para golpearlo.

BRUTO: ¡Como se te ocurre morir! ¿No te das cuenta que me dejas a mí también sin vida? ¿No sabes que cada suicida también mata? No se puede seguir viviendo igual, yo no podría...

Corren a separarlos. Sujetan a ambos.

SAMUEL: La contienda está definida. ¿Algo que decir, Antonio?

ANTONIO: Cada uno es dueño de su vida.

BRUTO: ¡Eso digo! ¿Quién te ama a ti? ¿Querrá verte colgado?

ANTONIO: ¡De eso hablo! ¡De no poder sentir el amor de otro! ¡Estamos perdidos!

SAMUEL: Acá el único perdido para siempre es Adán que cree que su cuerpo es de vidrio, de cristal... El veredicto está hecho... Pedro, Juan, átenlo a su cama. No avisaremos a los enfermeros... La noche ha terminado...

ANTONIO: ¿Para esto me habéis sacado del sueño? Quedo insomne otra vez y solo... Atenme a mí también, se los ruego... El corazón me duele, arde, fuego...

LUCAS y ANTONIO son atados a sus camas. Se abrazan los locos a ellos. Los besan en la cara. Se despiden de ADAN que es llevado a su lecho. PEDRO se abraza con ISMAEL.

PEDRO: No vendrán más arañas, ni cuervos, ni muertos, ni fantasmas... Ya está por acudir la madrugada.

ESCENA SEIS

Entrada feroz de LOS ENFERMEROS y la luz de la mañana. Con vapor fumigan las camas y los cuerpos de LOS LOCOS quienes se abrazan entre sí, desamparados.

Entra el DOCTOR.

DOCTOR: Huele a muerte, a mal dormido. Están todos babosos, como borrachos, en una resaca infernal. ¿Alguien puede abrir esas ventanas? Que el aire salga, no lo estorban las rejas. Que entre la luz, a ver si ilumina. Sigo cansado. Dicen que habrá una tregua. La ciudad se ha entregado o casi. Hoy se va Samuel (Agitación entre los enfermos) Hoy Lucas será tratado con nuevos repertorios. Hoy quizás veamos la esperanza. A Antonio que le coloquen el suero. El mismo a Juan, a Ismael, que son hermanos. No pierdan de vista su cansancio. Siguen estrechamente vigilados.

Se cumplen las indicaciones del DOCTOR.

ADÁN: ¿Y yo? ¿Cuándo salgo yo? Tengo tanto que hacer. La ciudad está sin Dios.

SAMUEL: ¿Qué hago con los francotiradores?

DOCTOR: Estás sano. Eso ya no es problema nuestro.

SAMUEL toma la maleta de ANTONIO y prepara en ella sus cosas. Lo abrazan los enfermos mientras se distribuyen los sueros.

PEDRO y CARLOS, el BRUTO, sujetan a ADÁN.

PEDRO: Samuel hablará de ti ante las Cortes.

BRUTO: Samuel lleva tu bendición a los Santos Lugares.

PEDRO: No sufras, no estás solo.

BRUTO: Nosotros te cuidamos mejor que tu madre.

PEDRO y CARLOS, el BRUTO cantan una canción de cuna a ADÁN. SAMUEL se despide también cantando, algo del Music Hall.

ADAN: ¿Dios? ¿Me escuchas, Dios? ¡Dios! ¡Dios!

Creo que he marcado el número equivocado

¿Alguien tiene una moneda?

¿Dio?

Danos una sola señal de tu presencia.

Una sola

Nada.

ESCENA SIETE

La cama deshecha de SAMUEL, vacía. La vuelcan como un trono vacante.

PEDRO: Hasta en la Casa de Dios tiene que haber alguien que nos mande. Esa cama ha quedado vacía. ¿No viene nadie? ¿Sin Samuel qué haremos?

JUAN: Los con suero tenemos prohibido votar o ejercer cualquier autoridad. Tú, Cabeza Rota, te propongo.

ISMAEL: ¿Qué dice nuestro Santo Adán, patrón de la comarca?

ADÁN: ¿Qué digo de qué? ¿Qué digo? ¿Por qué se han llevado a Samuel? ¿Dónde estará ahora Lucas? Yo apenas puedo atarme los zapatos. No tengo muy claro qué hora es. ¿Ven mis dientes? En ellos han puesto un radiotransmisor los extraterrestres. Los ángeles se posarán sobre mis hombros, escuchan lo que pienso. Me dicen haz esto o esto otro. ¿Todos tenemos una herida en la cabeza? ¿O sólo yo sangro palabras?

BRUTO: Yo propongo a Pedro que solamente tiene la cabeza rota y no el alma.

PEDRO: Bien podrías ser tú también, Carlos. Hay sitios donde nos separan de estos doloridos de la vida. No estamos locos, solo aporreados.

BRUTO: Presida usted, señoría que yo lo acompaño. Seré su Jefe de Policía.

PEDRO: Lo primero será declararnos República Libre. La Casa de Dios como territorio independiente. Adán como nuestro Santo Patrono y todo aquel que reciba suero si quiere se lo quita o se duerme. ¡Enfermeros! ¡Sepan que acaba de proclamarse la Revolución!

BRUTO: Pero se van a enterar.

PEDRO: Una Revolución no puede ser secreta.

ISMAEL: Yo termino mi suero y libero a mis compañeros. Revolución, Liberación.

Independencia, Concupiscencia.

BRUTO: ¡Que liberen a Lucas!

JUAN: ¡Libre derecho a la jeringa!

PEDRO: ¡Libre derecho a la vida!

ANTONIO: ¡Libre derecho a la muerte!

Sacuden sus platos contra las rejas de la puerta. LOS ENFERMEROS no vienen. En medio de la revuelta se escuchan los pasos de LUCAS que viene corriendo.

LUCAS: No están por ninguna parte.

PEDRO: ¿Quiénes?

LUCAS: Los enfermeros, el personal de aseo, los médicos, el cartero, la policía, la mujer que barría la acera, los conductores de taxis, el vendedor de la esquina. Se han ido todos...

ISMAEL: La puerta está abierta... ¿El bar lo está también?

JUAN: Abran paso, que voy a la enfermería, repleta de jeringas... (SALE)

ANTONIO: ¿Qué te hicieron, Lucas?

LUCAS: Dejarme solo. Estamos más solos que nunca.

ADÁN: Están sus voces mudas. Las siento callar en mi cabeza. Nos miran.

Cúbranse con las sábanas. Leen nuestros pensamientos. Quieren saber si somos puros o impuros. Blancos como una cama o sucios como el orinal.

PEDRO: Devuélveme mis meados. Ese orinal es mío. Yo mando ahora. Yo diré quién sale y quién entra. ¡Juan! ¡Vuelve a tu sitio! Carlos, ve a buscar a Ismael...

ISMAEL: Solo quiero tomarme un trago. ¿Qué tiene de malo un solo trago?

JUAN: En la enfermería todo está bajo llave...

BRUTO: Nos han abandonado...

ANTONIO: Escucho pasos en la escalera...

ADÁN: Debe ser el fantasma de Dios... O los extraterrestres que carian mis muelas...

BRUTO: O el ejército enemigo

ADAN: Señor de los ejércitos, te ruego nos traten bien, no nos abran la carne

como a bestias...

PAUSA. Silencio temible.

LUCAS: No han dejado solos...

PEDRO: ¡Queremos nuestros enfermeros! ¡Qué clase de manicomio es éste! ¡Hay dos suicidas peligrosos entre nosotros, un par de adictos, gente que sangra al ir al lavabo!

TODOS (PROTESTANDO): Nuestros enfermeros, queremos nuestros enfermeros...

Reconocen a SAMUEL que viene con la maleta de ANTONIO, regresa.

PEDRO: Es Samuel...

ISMAEL: ¿Viene loco o cuerdo?

JUAN: ¿Sigue siendo de los nuestros?

BRUTO: ¿Qué te han hecho, Samuel? Déjame llevarte el equipaje... Pobre Samuel... ¿Te han tratado mal? ¿Estás mal herido?

SAMUEL: No había nadie. Ni en mi casa, ni en mi calle. Nadie vino a buscarme. Mi mujer no abrió la puerta. Las vecinas me dijeron que se había ido con otro, con otro mis hijos, con otro mis cosas, mi cama, mi colcha, mis libros. Pregunté si acaso alguien de mí se acordaba. Escuché cinco versiones distintas. Que yo era un narcotraficante, un transexual, un pederasta, un hombre algo olvidadizo, un payaso en el paro, un sinvergüenza, un indecente. Alguien se acordaba que me fugué desnudo por los tejados. Que reía como un loco arrojando mi dinero. Pero de mi nombre ni la huella.

PEDRO: No nos pueden hacer esto...

ANTONIO: ¿Eso nos espera?

JUAN: Yo me voy... Ya no debe haber ni plaza ni camellos ni noche... (SALE CORRIENDO)

ISMAEL: No hay bebidas ni bares ni esquinas... (SALE TRAS JUAN, EL SAN SEBASTIAN DE LAS JERINGUILLAS)

PEDRO: ¡Nadie se mueve! ¡Esto es la guerra!

ADÁN se esconde bajo las camas, deslizándose de una a otra.

SAMUEL: Tu valija, Antonio. Nada de ella me sirve. Y a ti tampoco.

ANTONIO (ABRAZADO A LUCAS): ¿Qué está pasando?

SAMUEL: Han cumplido su amenaza. Nos han dejado solos. Lo hacen a veces. ¿No oíste al doctor? Alguien no cumplió lo prometido. Nos castigan a todos por igual. Me han enviado a la calle sin una mínima receta. Sin indicaciones, vagando con esta euforia que puede tomarme del cuello como tu bufanda en cualquier momento. Tómala, por cierto, es primavera y me sobra. Dejan la locura sin refugio, la ciudad entera parece tomada por un ejército indolente e invisible. Se ven columnas de humo al otro lado de los muros. Llamadas en las ventanas. Hay de pronto alguien, un transeúnte que pasea un perro. No parece alterarle el sonido de las sirenas, los aviones en el cielo...

ANTONIO: ¿Estamos en guerra?

PEDRO: Claro que lo estamos. Y nos toca defender La Casa de Dios como sus auténticos patriotas.

BRUTO: La Casa de Dios es nuestra casa.

PEDRO: ¿Somos dioses acaso? ¿Dios es acaso pariente de alguno de nosotros? Esta casa es de nadie. Donde está Dios está el vacío.

ADÁN: ¿Nos van a matar quizás?... (CORRE A LA VENTANA) Disparen contra el cuerpo de Cristo...

BRUTO (TOMANDOLO Y ARROJANDOLO AL SUELO): ¡Detente, insensato! ¡No has oído a Samuel!

SAMUEL estalla en una terrible carcajada. Luego se sienta en la cama, serio.

PEDRO: ¿De qué ríes? ¿Es verdad lo de la guerra?

SAMUEL: ¿Puedo reírme? ¿O aquí también por reírme seré arrestado? Reí en exceso, dicen. Reí por cosas de las que nadie se ríe. Fui feliz hasta los dientes.

Lucas quisiera un dedo así de mi alegría. Y yo soy el loco...

BRUTO: Samuel... Pedro... ¿Quién es ahora nuestro jefe?

LUCAS: Tengo miedo de esta noche... ¿Quién me salvará de mi propia mano asesina?

ANTONIO: Yo apenas puedo con las mías...

Se escucha pesado trote de LOS ENFERMEROS en la escalera. Parecen una tropa de invasores. Ordenes militares. Los Locos se sosiegan, tranquilizados, algo perplejos. No pueden evitar las risas nerviosas ante la ocupación del manicomio.

BRUTO: Vuelven... Están ocupando posiciones...

PEDRO: ¡Exigimos atención médica! ¡Somos locos peligrosos!

SAMUEL: ¡Queremos ver a nuestros médicos! ¡Queremos vecindario, escuela pública, orfanato!

ANTONIO: ¡Nos estamos muriendo de dolor!

LUCAS: ¡Nos estamos matando de desdicha!

ADÁN: ¡Tenemos el cráneo lleno de vientos furiosos!

BRUTO: ¡Despiadados!

PEDRO: Ya nos han oído... Podemos enloquecer... (ARROJA SABANAS Y

ALMOHADAS. BATALLA INFANTIL DE TODO EL GRUPO)... ¡Vivan los Enfermeros!

El trote militar se vuelve ensordecedor. Arrojan maniatados a la celda a JUAN y a ISMAEL. Un chorro de vapor tóxico hace llorar a los Locos que mezclan la risa con el llanto, trepados en las rejas de la ventana, enredados en sus sábanas, apertrechados tras las camas que han sido movidas para hacer una barricada. Gritos aislados sin sentido. Una sábana manchada de sangre como bandera.

ESCENA OCHO

La habitación en desorden como el campo de batalla cuando se disipa el humo de la pólvora. Solamente el DOCTOR y ANTONIO.

DOCTOR: ¿Por qué no huyó? ¿Porque es nuevo? ¿Le atemorizó la fuga en masa? ¿Cree que somos de los que se cobran venganza electrocutando a los pacientes? ¿O su misma enfermedad le impidió moverse? ¿Quién se llevó a Lucas? El no era capaz de decidir su propia suerte. ¿Y Adán? ¿Sabe lo que sufre ese muchacho perdido entre tanta imagen de Dios? ¿Sabe como lo tortura la conciencia mística, las alucinaciones sobrenaturales, la sensación de la aureola sobre su cabeza? Ha llegado a sentir que su hígado era la mano de Dios, su espalda con alas, sus pies de vidrio, el culo de oro.

¿Por qué los dejó irse? ¿Pidió ayuda en algún momento?

Los Enfermeros son seres humanos. Pueden equivocarse. Pero cumplían mis órdenes. O las de mi compañera. No sé qué ha sido de ella. Espero que esté viva. No toleraría ver su cadáver. No se imagine nada. La quería pero no la amaba. Tengo mi familia en una ciudad a salvo. A veces si hay conexión telefónica los llamo.

Los Enfermeros debieron descubrirlo. Usted esconde algo. Eso será cuestión de un sumario administrativo. La ética médica a veces está reñida con la moral pública ¿sabía? No somos lo justos que quisiéramos.

Yo, usted me ve, yo era partidario de atarlos a todos durante cinco días.

Alimentarlos con sondas. No hacer diferencia en el diagnóstico. La muerte es una sola, la locura el lado vivo de la muerte.

¿Ha visto como de pronto todos toman el mismo medicamento? Dosis mayores o menores ¿A quién le importa?

He rescatado del lado oscuro a sujetos mucho más peligrosos que usted.

Psicópatas del suicidio, una chica que no podía ver una ventana sin dejar de arrojarle por ella, vírgenes que tomaban las píldoras como granos de arroz, en puñados.

¿Alguien ha venido a agradecerme? ¿Creería usted lo malo de nuestros salarios? Trabajamos en pleno infierno y así se nos paga. Esta revuelta la planeé yo mismo. Sabía que entrando usted y saliendo Samuel se produciría un brutal desequilibrio.

No advertí la sed de poder del traumatizado de Pedro ni la servicial obediencia de Carlos. Un rústico, un campesino, un bestia. Demasiado noble. Tenía, antes de llegar acá, una crisis convulsiva cada media hora.

¿Quién le curó? Usted me ve, un hombre común y corriente.

La diferencia es que bajo el delantal blanco yo estoy vestido y usted está desnudo. Yo llevo zapatos. Le di la misma pócima que ayudó una vez a Lucas. En el manual decía lo contrario.

¿Cree que así pueden mejorar las cosas? Yo envié los enfermeros al frente de batalla. Los conminé a defender sus familias. Los hice sufrir sintiéndose culpables de abandonar a sus hijos en la guerra que viene asolando nuestra tierra tanto tiempo.

¡Hasta cuando van a bombardearnos!

Yo no tengo nada que ver con las decisiones del gobierno. La Casa de Dios era un territorio sagrado. Sobre el tejado, donde encontraron desnudos a Ismael y a Juan, hay una cruz roja pintada visible desde kilómetros de altura.

La usaron de blanco.

Perdimos una enfermera muy eficiente. Un disparo le dio a la altura del muslo. Ismael y Juan lograron zafarse.

¿Cómo les explico que están aquí porque sus familiares los han abandonado?

Dígame lo que piensa. Defiéndalos.

Yo le demostraré cómo se hicieron abandonar. No tienen nada que hacer acá, el verdadero peligro que corren es su soledad devastadora.

Se la buscaron, dígalo usted o se lo digo yo.

Si quiere me lo dice en la calle y arreglamos cuentas.

¿Siempre es tan callado?

ANTONIO: No.

ESCENA NUEVE

PEDRO, ISMAEL, JUAN, CARLOS, persiguen a ADÁN por la habitación. ANTONIO, LUCAS y SAMUEL están sentados mirando la escena. Lo acorralan al muchacho aterrado, lo capturan, lo desnudan, simulan penetrarlos sexualmente, lo asfixian

con la sábana. SAMUEL se pone de pie e intenta infructuosamente poner orden.

SAMUEL: ¡Basta ya!

El grupo de Locos agitado continúa su persecución. Incluso se ríen de SAMUEL. ADÁN muy angustiado cubre sus genitales de los manotazos del grupo. Lo encierran entre varias camas. ADÁN trepa por las ventanas. ISMAEL le muestra los genitales amenazando penetrarlo. JUAN le abre la boca y PEDRO parece buscar meterle el pene en ella. Todo es un simulacro pero buscando el terror de ADÁN.

SAMUEL: ¡Deténganse!

ANTONIO: ¡Es un muchacho! ¡Déjenlo tranquilo!

LUCAS: No se saca nada. No pararán hasta cansarse.

Efectivamente el grupo de perseguidores se agota. ADÁN llora, quebrado emocionalmente. Está absolutamente aterrado. Se van tranquilizando y comienza ISMAEL a tener un ataque de delirium tremens. Los descubre el resto de los locos perseguidores y se dedican a hostilizarlo.

JUAN: ¡Las arañas!

BRUTO: ¡Los escorpiones!

PEDRO: ¡Mira que te muerden!

Las risotadas duran mucho menos que la persecución de ADÁN. ISMAEL queda temblando en un rincón.

ISMAEL: ¡Enfermero! ¡Me estoy volviendo loco!

Nadie viene. Ismael se protege con una sábana. Acezando, como caballos cansados, el grupo mira a LUCAS y a ANTONIO. Parecen decidir la próxima víctima. Hay gruñidos. LUCAS solloza en silencio. ANTONIO se pone de pie.

ANTONIO: Mátenme, si quieren. Se los ruego. ¿Me escuchan? Recibiré dichoso el golpe fatal en mi cabeza... ¿No lo hacen? ¡Pues lo hago yo!

ANTONIO se lanza contra la ventana. PEDRO, JUAN y CARLOS lo detienen. Lo atrapan y lo molestan.

ANTONIO: Déjenme morir...

LUCAS: Tranquilo, que te llevan al aislamiento...

SAMUEL: ¡Enfermeros! ¡Aquí se están matando!

El grupo suelta a ANTONIO. Lo dejan caer. ANTONIO intenta un nuevo salto y PEDRO lo golpea dejándolo casi inconsciente en el suelo. PEDRO y JUAN comienzan a darle puntapiés. LUCAS se pone de pie para salvarlo y recibe el mismo trato. El trío, tras dejar mal heridos a LUCAS y ANTONIO, mira a SAMUEL.

SAMUEL: Son unos hijos de puta

PEDRO: Puta tu madre

JUAN: Puta tu hermana

BRUTO: Mi madre es una muy buena mujer. Nadie me dice esas cosas.

SAMUEL recibe una violenta bofetada de JUAN. Lo golpean como al resto. Al terminar la paliza se miran entre ellos.

PEDRO: ¿Quién me dijo que estoy loco?

JUAN: ¿Quién empezó?

BRUTO: ¿Por qué golpearon a Adán? Yo lo quiero tanto...

Se dan de golpes entre ellos. Caen, agotados, vencidos por el cansancio, ríen entre el dolor de sus propios golpes.

ISMAEL: ¡Enfermero! ¡Mi inyección!

SAMUEL: Nos han dejado solos de nuevo. Nos cobran las barricadas. Nos dejaron a puertas cerradas. Nos castigan por no creer en Dios, por no implorar su Divina Providencia.

ADÁN: Dios me ha dejado solo. No oigo sus voces, no siento su puñal en mi pecho. Virgen María Santísima, dónde se ha metido. No viene la doctora que me chupaba la pija.

ANTONIO: Hijos de puta...

PEDRO: No es nada personal... Nada contra tuyo... Ni Lucas ni Adán...

ISMAEL: Con una buena botella de brandy yo no molestaría a nadie...

JUAN: Lo mismo digo... ¡Sáquenlos de aquí, maricones!

BRUTO: No vienen... Tengo miedo...

Ruido de tiros. Ruido de explosiones.

JUAN: Cuando era niño tocaba el piano. Me llevaban a clases. Decían que tenía talento. Mi madre era hermosa. Mi padre no le pegaba. Se llevaban bien. Mi hermana tocaba el violín. Ahora trabaja en un bazar de moros, apenas tiene para comer. Éramos tan hermosos los dos con nuestros instrumentos.

ISMAEL: Yo jugaba al balón en el parque. Era un ángel con la pelota en los pies. Pude ser una joven promesa.

BRUTO: Nadie creía en mí. Nadie pensaba que yo llegaría siquiera a mayor. Decían que era mejor sacarme de la escuela. Una tía dijo que mejor hubiese sido ciego. Mi madre lloraba ¡Cómo hacer para parar estos ataques!

PEDRO: Fue todo un accidente. ¿Dónde íbamos? Mi padre conducía. No pudo nunca más mover el lado izquierdo. Mi madre se murió. Mi hermana quedó tonta. Está alojada allá, en el otro sector. Se puede ver desde la ventana. No me reconoce, está chiflada.

BRUTO: ¿Es la rubiecita guapa? Porque está buena...

ISMAEL: Yo me comería a tu hermana...

JUAN: ¿Por qué un día no la invitas a estas fiestas?

Ruido de llaves y pasos de LOS ENFERMEROS. Los Locos, todos, se hacen callar entre ellos. Apagan la luz.

Entran LOS ENFERMEROS a la celda. Ven el caos de la habitación y comienzan a ordenarlo.

BRUTO (SEÑALANDO A ADÁN): El tuvo la culpa.

ISMAEL: El empezó todo.

ADÁN: Yo no, yo soy solo el encargado de las compras. Yo no vivo aquí. Yo sentía a Dios y me dieron esas drogas que me han dejado en silencio. Vacío. Yo no he hecho nada. Ellos me perseguían, lo juro...

JUAN: Se rió de nosotros.

BRUTO: Nos provoca, siempre nos provoca...

ISMAEL: Tiene culo de señorita... No nos podemos resistir...

LOS ENFERMEROS toman a ADÁN y se lo llevan mientras él aúlla de terror. El alarido se escucha alejarse hasta desvanecerse tras un portazo.

SAMUEL: Aislamiento.

LUCAS: Pobrecillo.

JUAN: Está mejor que acá. Apenas se le entiende lo que habla. ¿Alguien tiene un cigarrillo?

PEDRO: Perdonen la paliza pero la situación es difícil.

ISMAEL: Muy difícil. Yo antes solo armaba riñas si estaba borracho.

SAMUEL: Quiero irme.

ANTONIO: Pídelo.

SAMUEL: No tengo ya casa. Estoy aquí porque no tengo casa. Ni familia. Ni calle. Ni ciudad. Ni país. Perdí todo. Éramos tan felices. Ellos también reían con mi risa.

ANTONIO: ¿Te rompieron la nariz?

SAMUEL: No, sangra un poco, ya para.

LUCAS: Un día saldré de aquí y tampoco sabré donde ir.

ANTONIO: ¿No vienen a visitarte?

PEDRO: A la Casa de Dios no dejan entrar las visitas. Los paquetes a veces.

¿Alguien tiene un cigarrillo?

JUAN: Yo encontré uno.

PEDRO: Es mío.

JUAN: No, es mío.

Pelean por el cigarrillo. ISMAEL se mete en la reyerta, los deja molidos a golpes y enciende el cigarrillo en la penumbra.

ISMAEL: Está prohibido fumar ¿oyeron? Aquí el que manda soy yo. Habría muchas menos peleas con más cigarrillos. Es la pobreza la causa de nuestra violencia. En el fondo soy una buena persona. ¿Oyeron? ¿Alguien quiere una aspirada?

SAMUEL: Dame un poco.

ISMAEL: Ahí está.

SAMUEL: Está buenísimo.

BRUTO: Dame a mí.

ISMAEL: Es cosa de compartir. De saber compartir. Lo que llega es de todos.

¿Oíste, Antonio? Nadie ha querido robarte el pan ni los chocolates ni las revistas. Somos una cooperativa. Si intentas apropiarte a solas generarás violencia...

JUAN:... e injusticia... ¿Me convidas de tu cigarro?

ISMAEL: No, a ti no.

JUAN: Maricón... Maricón...

ISMAEL: No llores... No te voy a convidar...

JUAN: Que Dios te parta con un rayo...

ISMAEL: No hay Dios...

JUAN: ¡Hay Dios! ¡Hay Dios! ¡Claro que hay Dios!

ISMAEL: No hay Dios, no hay Dios, no hay dios...

JUAN llora

ANTONIO: Hay Dios, Juan.

JUAN: ¿Y por qué no habla?

PAUSA

ANTONIO: Porque es mudo

ISMAEL: Y sordo y ciego

JUAN: ¡DIOOOOOOSSSS!

ISAMEL: Toma un cigarrillo...

JUAN: ¿De verdad?

ISAMEL De verdad

JUAN ¿Ven que Dios existe?

ESCENA DIEZ

La celda sola. A lo lejos se escuchan las voces de LOS LOCOS.

El DOCTOR en escena revisando las camas, las valijas. Parece buscar droga, tabaco, chocolate. De hecho encuentra un poco de tabaco y se lo guarda para sí.

ANTONIO está en escena, de pie.

ANTONIO: Quiero mi ropa. Esta bata me da frío. Quiero ver a la mujer que amo. Usted habló con ella, me lo dijo. Ya no sé cuántos días llevo aquí. Es extenuante, es largo, es terrible. No siento las mismas ganas de morirme. No despierto cada mañana con un yunque en mi pecho. Quiero verla a ella y no sé que me han hecho aquí. Perdí ya la cuenta de los días. Me he cansado de oír las tropas en la calle. Sueño cada noche con su abrazo. Solo quiero pedirle perdón por mi suicidio. Yo no quise hacerla sufrir. ¿Viene a verme? Sé que me trae cosas pero usted conoce como funciona la cooperativa. Nunca sé si una carta es de ella o de la mujer de otro. Creo distinguir su estilo, su fraseo. No sé si recibe las notas que le escribo. Me han quitado el papel y el lápiz. No hay teléfono. ¿Quién dijo que era peligroso

que tuviéramos teléfono?

¿Cómo nos curan? Tengo el cuerpo pinchado entero. ¿Algún día podré salir de aquí? ¿En qué tengo que creer? ¿En el Dios de la Casa? ¿Hay un secreto que resolver? ¿Cuál es el enigma? ¿Qué hice de pequeño?

No me contesta, nunca me contesta.

Habla usted sus largos monólogos. O nosotros. Supongo que con todos es igual. Tengo frío. ¿Escuchó por lo menos eso? Tengo un frío terrible.

Tengo miedo de quedarme aquí para siempre. A veces sé que dejan la puerta abierta con premeditación y alevosía.

Los soldados nos darían un tiro por la espalda. Enviarían nuestro cuerpo a los deudos relatando el intento de fuga. O peor, nada.

Corriendo desnudos por las grandes avenidas desiertas. La tristeza de la guerra... ¿Usted se acuerda de las grandes fiestas de la cosecha? ¿Los carnavales? Ahora, me digo, ahora puedo hasta reírme...

¿Qué quiere hacerme? Podría irme y tiene razón, no me atrevo. Podría ir a su casa, la de ella, mi bella rubia, mi bella, y no me atrevo. Dígame si ella está bien, si aún me quiere.

¿O ese es el truco? Tomar la vida como al toro de las astas y demostrar que soy dueño de ella.

Si es así, tiene razón.

Aún no me siento preparado para fugarme en la noche. Los que lo han hecho regresan aterrados.

Dicen que terminó la guerra y es peor que la guerra misma.

Que saquearon las casas, que no hay dinero ni agua ni leche ni pan.

Que es mejor permanecer en este sitio hasta saber realmente quiénes somos.

¿Quién era yo? Un distinguido abogado, al final me tomaban por un estafador, un caradura.

No quise hacerle daño a nadie.

¿Me oye cuando le hablo?

DOCTOR: ¿Sabe, Antonio? Me molesta profundamente su vanidad.

Ese comportamiento egocéntrico. Su vida como lo único importante.

Su maldito suicidio, la inquietud con que maneja el amor de esa mujer.

Es muy guapa. Me gusta cuando viene a verme.

Por una mujer así yo dejaría a la mía.

Tengo 20 años de casado y tres hijos varones. Imagínese en la posición en que me deja.

Usted me expone a la tentación de su amor joven.

Quiere que yo le transmita su mejoría. Yo a ella le miento.

Le digo que usted está aislado por necesidad, que su cuadro no cede, que es una enfermedad de oscuro pronóstico, que jamás remitirá, que es mejor que lo olvide.

No se lo digo tan tajantemente, ella está enamorada, cree que su amor hará el resto.

Hago eso porque me conviene. Sigue viniendo, la recibo todos los jueves. O los martes, tampoco tengo muy clara la cuenta de los días.

No me importa si no sabe usted siquiera cuando es domingo. Por eso quitamos las misas.

Antes teníamos un sacerdote que insistía en hacer las cosas a horas precisas, el cuerpo de Cristo, usted se da cuenta, qué complicado.

Era todo tan poco científico.

Así estamos mejor, ella me viene a ver.

¿O usted es el único que cree sentirse solo? ¿Cree que es el único que la encuentra bella? No la tocaré, me lo impide la ética profesional.

Pero nada me impide la envidia ni los celos ni una jugada sucia de vez en cuando.

Soy humano, soy mortal. Usted también, estamos a la par. (ENCUENTRA UN CHOCOLATE ENTRE LAS SABANAS) ¡Un chocolate! No es suyo, no sufra si me lo como.

Los de ella jamás permito que pasen la barrera. A ella le digo que es por la dieta. Traiga libros, flores, juguetes, los periódicos o un jersey, le digo.

La dieta o las reglas de la Casa de Dios.

Da lo mismo. Antonio, le quedan pocos días acá. Cada vez menos.

No puedo decirle, la ética me lo impide, exactamente cuántos.
Como la muerte, no debe saber cuándo volverá a la vida.
Esa fue su falta, querer romper la inocencia de existir.
Aquí tendrá que volver a someterse al tiempo.
¿Se sabe cuando termina una batalla?
A usted le quedan días en la trinchera.
Seré honesto, no sé cuántos.
Cada vez menos pero nunca la precisión exacta de haberlo devuelto a la calle.
¿Escucha cantar a Lucas?
Pronto debería irse a su casa pero ya sus familiares lo han olvidado.
Tienen miedo de recibirlo. Los hizo sufrir mucho tratándose de quitar la vida una y otra vez, infatigable.
Uno lo ve tan pequeño, con tan poco vigor, no se imaginaría esa feroz demencia del suicida.
Ahora canta mientras hacen ejercicio.
Eso les gusta a los hombres.
Hacer ejercicio como si fueran un ejército.
Como si estuviéramos en guerra.
De hecho, la paz ha sido declarada en todo nuestro territorio.
Pero no hay gobierno. Hace tanto tiempo que no hay gobierno.
Nos han bombardeado tantas veces. Tantas noches escuchando esos cohetes. A mí me ponen los pelos de punta.
Bendigo mi fuerza de carácter.
¿Quiere rezar? Pues rece.
No se lo puedo prohibir aunque prefiero recomendarle unas grageas relajantes.
Son más eficaces.
ANTONIO: Quiero irme de aquí.
DOCTOR: Yo también quiero que usted se vaya.
ANTONIO: ¿Cuándo?
DOCTOR: No lo sé. Puede irse cuando quiera.
¡Hoy por ejemplo!

Hace buen tiempo.

¡Salga! ¡Fúguese!

¿Ve? ¿Se da cuenta? No está aún en condiciones.

Pero que robusto se le ve. Le ha hecho bien la vida de la Casa.

Tiene mejores colores, buena cara, ha subido de peso, sonrío, yo lo he visto por los espejos falsos del baño. Piensa en ella. Es muy hermosa.

Yo que usted me preocuparía y pondría más de mi parte.

ANTONIO: ¿Qué tengo que hacer?

DOCTOR: No lo sé. Si lo supiera se lo diría, no lo dude. La ética me obligaría.

ANTONIO: ¿Qué espera de mí, entonces?

DOCTOR: Su salud, algo bueno, no sé, que me sorprenda.

ANTONIO pierde la paciencia y levanta la mano empuñada para golpear al DOCTOR. El DOCTOR no se protege, tan solo se quita las gafas. ANTONIO vacila. No puede golpearlo.

DOCTOR: ¡Enfermero! ¡La puerta! ¡Este hombre va a Aislamiento!

ANTONIO: Tengo frío.

DOCTOR: Ya se le pasará.

Se escuchan los pasos de un ENFERMERO. La llave en la cerradura.

Entran LOS SOLDADOS. El DOCTOR hace un saludo militar.

Ponen a ANTONIO contra el muro como un paredón.

Le vendan los ojos.

El DOCTOR da instrucciones en un idioma extranjero.

Apunten, fuego.

El DOCTOR saca un texto escrito del bolsillo de su bata blanca.

Lee en voz alta. Es otra lengua.

Los SOLDADOS se cuadran y se retiran marchando ordenadamente.

El DOCTOR mira a ANTONIO con los ojos vendados y las manos atadas buscando como zafarse.

ANTONIO: ¿Estoy vivo? ¿Estoy muerto? ¡No entiendo!
¡Nooooo entiendo!!!

El DOCTOR lo saluda militarmente haciendo sonar los talones de sus zapatos.
Sale.

ANTONIO: ¿Hay alguien ahí? ¿Otra vez solo?

ESCENA ONCE

Los LOCOS entran en frenesí, como en un carnaval, como niños que salen a recreo. Juegan a la guerra, se disparan entre sí imitando el ruido de las balas. Desde afuera se escucha el enfrentamiento, los disparos, las bombas, el estallido de un mortero. Los LOCOS juegan a la guerra largamente, semi desnudos, hasta quedar exhaustos. Ríen, tirados sobre el piso. Hasta LUCAS ríe. SAMUEL desata las manos de ANTONIO.

ANTONIO se arranca la venda de los ojos.

Los LOCOS se ponen en formación y le apuntan con los dedos.

Simulan el fusilamiento de ANTONIO.

SAMUEL: Estás muerto.

ANTONIO entiende que debe caer desvanecido y lo hace.

LUCAS ruega.

LUCAS: Ahora a mí, por favor...

Los LOCOS simulan fusilar a LUCAS que cae sobre ANTONIO.

Hacen lo mismo todos hasta quedar un montón de muertos, el último el BRUTO

que abre los brazos como el cuadro de Goya sobre los fusilamientos del 2 de Mayo. SAMUEL queda en pie. Escucha el último disparo en el exterior.

ESCENA DOCE

ANTONIO vistiéndose. Con su maleta. Todos los LOCOS en sus camas.

ANTONIO: Me voy. Tengo que atreverme a salir. No es nada personal. He llegado incluso a encariñarme con ustedes. Si quieren les puedo decir donde encontrarme, afuera, cuando les llegue el momento. Insisto que he vivido aquí tiempos inolvidables.

ADÁN: ¿Tú te llevaste mis voces?

SAMUEL: Eso son las drogas que te quitan a todo. Yo me quedé sin risa, tú sin delirios. Dicen que eso es bueno. Ahora Antonio está lleno de deseos de salir.

LUCAS: Yo casi, yo casi tengo ganas de ir a mi casa.

BRUTO: A mí me gustaría tanto tener casa.

ANTONIO: Si quieren les dejo mis cosas. Me encargaré de enviar tabaco. De saber cuándo la puerta está abierta y es posible salir sin problemas.

Los vendré a ver si autorizan las visitas. El doctor dice que nos es bueno regresar por lo menos en un año, que después no es posible irse.

Yo los quiero, yo los he querido. Me duele en cierto modo este tiempo vivido. Casi me maté.

A ustedes tengo que agradecerles haberme salvado. No se queden mudos. Es quizás la última vez que nos vemos. O por lo menos yo quisiera. Entiéndanlo bien, no es nada personal.

Nunca más quiero volver a la Casa de Dios.

Quiero estar libre y dueño de mi vida.

Mi tarjeta, Samuel, la pueden copiar según vayan saliendo.

Tomaremos un café. Puede ser. Yo no bebo, nunca uso drogas, me siento raro con las píldoras incluso. Me tiemblan mucho las manos. Me cuesta escribir una carta. Apenas puedo firmar pero el doctor me dijo que podré con otros

medicamentos estar mucho mejor. A veces me tropiezo con mis propios pies. ¿No dicen nada?

PEDRO: Tienes suerte. ¿Te llegaron cartas? ¿Vinieron a verte? A mí en mi casa me tratan de loco, prefiero este lugar donde yo soy el cuerdo. Aquí mando, afuera obedezco. Lavo copas en un restaurante. Podemos algún día cenar. Sería bonito.

JUAN: Saldré cuando mis hermanos lo permitan. Llévate el teléfono de ellos. Llámalos. Diles de mi parte que son unos hijos de puta.

ISMAEL: De mí no le hables a nadie. Voy a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Cambiaré de nombre y de familia. No quiero que me digan nunca más lo que fui. Cuando salga no buscaré nada de mi pasado.

BRUTO: Si tienes un trabajo sencillo, cuenta conmigo. No diré nada, no seremos amigos. Solo hacer las cosas, un sueldo justo. No soy muy inteligente. Ya sabes, mi pobre cabeza. Llevo una semana sin ataques. Es hasta hermoso. Quiero casarme, si conoces una muchacha de pueblo, sencilla también, no gran cosa. Compañía quiero, no es pedir mucho.

LUCAS: Cuando me atreva te llamaré. Cuando pueda.

ADÁN: Dile a mi madre que estoy bien. Que por lo menos puedo leer, concentrarme en una línea, sostener un libro entre las manos. Ya no siento mis dientes invadidos, apenas en los ojos, una cosa rara, pero con gafas oscuras se me pasa. Me miran en la calle, me dicen que soy afeminado. Pero es poca cosa, a ratos, en la tarde, una media hora.

SAMUEL: Yo cuidaré tu maleta. La mía la regalé. Eran tiempos tan buenos. Tan prósperos. Vivía haciendo regalos a medio mundo.

EPILOGO

Un estallido en la oscuridad tras el silbido de una bomba. Silencio y luz. La celda vacía. ANTONIO en ella. El desorden de la guerra.

El DOCTOR, con un vistoso vendaje en la cabeza.

DOCTOR: El primero en irse fue Lucas. Se colgó de la lámpara del gimnasio. Una noche de puerta sin llave.

Nunca fui amigo de esas medidas. Siempre dije que había que ser duro y riguroso, que la depresión es una enfermedad oblicua, artera, traidora.

Ya ve usted, otra vez por aquí, ya ve usted, nos han vuelto a bombardear. Otra vez en guerra. Ahora estamos del bando aliado, eso es divertido.

Antes fuimos de una u otra forma el enemigo. Pero de nuevo perdemos, de nuevo derrotados.

Samuel decidió irse del país, consiguió llegar a la frontera mendigando en las estaciones.

Juan cayó de nuevo en la adicción. Murió, era previsible, de una sobredosis.

Pedro trabaja de enfermero en otra planta de este mismo edificio.

Adán ha estado bien, ya no se le encuentra de rodillas en las paradas de autobús. Pero no cree en Dios y eso lo ha entristecido visiblemente. Es la sombra de lo que era.

Ahora probamos en él drogas nuevas, atípicas, extrañas, sustancias que dicen reproducen los anhelos perdidos.

Viene a verme, poco, no tiene dinero.

Yo tengo a Carlos como camarero en la cafetería debajo de mi piso.

Nunca hablamos mucho.

Corto de palabra, usted sabe, siempre lo supo.

Dicen que nos cambiarán de sitio, que nos llevan a otra ciudad, que la guerra ha terminado pero que es tan caro construir otra vez la Casa de Dios.

Yo no tengo enfermos. La herida en la cabeza me ha dejado mal del habla. A veces no puedo escribir lo que pienso. A veces tengo tics que me dominan.

Estoy triste demasiado tiempo sin saber por qué. Temo caer en lo suyo o lo de Lucas. No quiero aburrirlo. He pensado en Dios y en hacerme religioso.

No se necesita para eso la cabeza buena. Viene mejor una herida en el cráneo, la supervivencia de una guerra sin sentido.

¿Y usted? ¿Se encuentra mejor?

ANTONIO: ¿Mejor que quién? ¿Mejor que cuándo?

DOCTOR: No sé, usted dirá. ¿Cree en Dios? Eso, por lo menos.

ANTONIO: No.

Coros angelicales mientras se abre la puerta de la sala común. La luz que viene de la ventana es luminosa como un rayo que cayera del Cielo.

DOCTOR: ¿No se siente muy solo?

ANTONIO: ¿Acaso no lo estoy? ¿y usted?

DOCTOR: Con ganas de morir. Esperando una bomba

Ruido de aviones sobre el techo.

DOCTOR: Será un alivio ¿Ha pensado que yo pueda ser un enviado del Cielo?

Oscuro.

Marco Antonio de la Parra. Correo electrónico: marcodelaparra@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2009

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar